

Eduardo Rinesi

Política y televisión.

Algunas notas sobre la obra de Oscar Landi

UNGS

erinesi@ungs.edu.ar

Eduardo Rinesi

Política y televisión. Algunas notas sobre la obra de Oscar Landi

Signo&Seña Número 21 / Junio de 2009, pp 65-86

Facultad de Filosofía y Letras - UBA, ISSN: 0327-8956

Resumen A lo largo de toda su obra, la preocupación de Oscar Landi fue la de pensar los problemas de la política sin descuidar sus dimensiones culturales y simbólicas. Esta preocupación lo llevó a estudiar, con instrumentos provenientes de las vertientes más renovadoras de las grandes tradiciones críticas europeas, la incidencia de la televisión sobre los discursos y las prácticas políticas. Tras considerar el proceso de forja de esta matriz conceptual, este artículo recorre los trabajos de Landi sobre la "transición democrática" iniciada en la Argentina en 1983, sobre el proceso de colonización de la política por la televisión operado desde 1987, sobre la naturaleza y las características de la cultura política argentina durante la década siguiente, sobre el modo en que la televisión, la jerga de los economistas y la propia dinámica de la crisis afectaron la capacidad organizadora de la palabra política y sobre la necesidad de recuperarla.

Palabras clave: Oscar Landi - política - televisión - palabra - democracia

Abstract The most important aim of Oscar Landi's work was thinking about politics without neglecting its cultural and symbolic dimensions. This concern made him study, with conceptual instruments taken from the most renewing families of European critical thought, the impact of television on political rhetoric and practices. After considering the process of constitution of this conceptual frame, this article studies several of Landi's works on the "transition to democracy" process opened in Argentina in 1983, on the colonization of politics by television from 1987 on, on the nature and the features of Argentine political culture during the next decade and, finally, on the way in which television, economists' jargon, and the very rhythm of the crisis affected the power of political word and the need of recovering it.

Key words: Oscar Landi - politics - television - word - democracy

1.

A Oscar Landi, en el último tiempo, había llegado a fastidiarle un poco su propia fama de “experto en televisión”, y no era difícil oír, en su rechazo de ese mote simplificador y sin duda injusto, el reclamo de una comprensión más adecuada de lo que había intentado hacer durante los muchos años que dedicó a la reflexión sobre el asunto. Años que coincidieron con los de la expansión, en la Argentina, de los estudios universitarios sobre la comunicación, con los de la configuración de las “ciencias de la comunicación” como un campo académico autónomo y pujante para el cual la obra de Landi se volvió una referencia decisiva, pero también con los de la reorganización de unas ciencias sociales y políticas tan excitadas frente a los desafíos que representaba la apertura y el desarrollo del proceso al que se llamó, entonces, de “transición a la democracia”, como incapaces de superar, en la consideración de este proceso, los límites de un punto de vista estrechamente institucionalista y liberal. Es sobre el telón de fondo de la hegemonía conceptual de esta perspectiva que hay que valorar, me parece, los aportes teóricos de Landi durante las últimas dos décadas de su vida, aportes que si por un lado evidencian el reconocimiento de un nuevo conjunto de problemas de los que había que dar cuenta, por el otro se inscriben sobre una fuerte línea de continuidad con el espíritu que había animado sus lecturas, investigaciones y trabajos anteriores. Porque, en efecto, podría decirse que la preocupación de Landi, desde los primeros trabajos que le conocemos, fue siempre la de tratar de pensar los problemas de la política argentina sin simplificaciones (sin “reduccionismos”), y sobre todo sin las simplificaciones que se expresaban en el frecuente retaceo —“economicista” o “politicista”, tanto da— de las dimensiones subjetivas o intersubjetivas, culturales, simbólicas, de la acción social.

Landi había transitado sus años de formación política e intelectual en las filas del Partido Comunista a comienzos de los años sesenta. Años que en el campo cultural antiperonista eran frecuentemente representados, como ha sido

advertido (Cernadas, 2005: 13), como de *reconstrucción* (palabrita que no deja de ser interesante reencontrar mucho más tarde, como huella visible de la preñancia que tuvieron en Landi estos debates, en el título de uno de sus libros más logrados: *Reconstrucciones*), y en los que empezaban a hacerse oír, en el seno de la vieja organización de la izquierda argentina, algunos más o menos módicos ensayos de renovación teórica. Entre ellos se destaca, desde luego, el emprendido por Héctor Agosti, tanto en los numerosos libros que dedicó a estudiar los problemas de la política argentina como en los *Cuadernos de Cultura* que dirigió durante años, y en los que Landi publicó algunos de sus primeros trabajos: un comentario sobre la obra de Conrado Eggers Lann, una reseña de un libro de Juan Adolfo Vázquez, un artículo, con Sergio Rodríguez, sobre los estudiantes comunistas en la Universidad (Landi, 1965a, 1965b; Landi y Rodríguez, 1967). De esta empresa político-cultural encarada por Agosti se han destacado con frecuencia dos rasgos decisivos: primero, el intento de revisar la historia de las ideas políticas argentinas con el propósito de identificar en ella, y recuperar, una herencia democrática distinta tanto de la tradición liberal cuanto de la tradición nacionalista autoritaria; segundo, la apertura a la cultura marxista italiana en general, y a la obra de Antonio Gramsci en particular (Aricó, 1988: 45).

Ambos movimientos tuvieron sin duda una influencia decisiva sobre Landi, quien no tardaría en llevar su impulso incluso más allá de lo que lo toleraban los rígidos límites doctrinarios de la cultura comunista, desarrollando una sensibilidad “movimientista”, anti-aparataista, que lo conduciría primero al maoísmo y después al peronismo, y, en cuanto a Gramsci, recogiendo con entusiasmo sus contribuciones, pero advirtiendo al mismo tiempo contra la posibilidad de que estas fueran dilapidadas por su inscripción en la matriz estrechamente clasista desde la que se las incorporaba.¹ Así, quizás sería posible afirmar que, en aquellos años de militancia comunista y formación filosófica universitaria, Landi intentaba articular una teoría gramsciana de la hegemonía (e incorporar igualmente los

1. Años más tarde Landi sistematizaría esta prevención en una nota a pie de página de un documento sobre la tercera presidencia de Perón, donde observaba que el uso “frecuentemente genérico” de la categoría de “hegemonía” para nombrar apenas “la capacidad de una clase o pacto entre sectores de clase para hacer aparecer su interés singular por el interés general de toda la sociedad”, al no introducir en el análisis niveles, discontinuidades y desplazamientos en las formaciones ideológicas, ni profundizar en la problemática de la formación de los consensos, ni advertir el modo en que la función ordenadora del aparato estatal es a su vez producto de las múltiples y complejas relaciones de fuerzas globales en la sociedad, corre el riesgo de perder, precisamente, uno de los sentidos más recuperables el concepto de hegemonía, cual es el de permitirnos pensar los sistemas de dominación como cierres siempre provisórios y contingentes de situaciones abiertas, inconclusas e inacabadas (Landi, 1978: 5-6, n). Sería interesante, aunque excede las pretensiones de este trabajo, poner en relación estos movimientos de la obra de Landi con los que para los mismos años estaba ensayando, en su propia lectura de Gramsci, Ernesto Laclau, o incluso con los sugerentes trabajos del último Gino Germani, a cuya reconsideración vienen contribuyendo productivamente investigaciones recientes como las de Alejandro Blanco y Germán Pérez.

aportes de otros marxistas italianos como Galvano Della Volpe y Lucio Colletti con una comprensión de los modos de constitución de los sujetos de la historia más sutil que la que permitía el “objetivismo” del marxismo oficial, y cuya inspiración más evidente –y más constante a lo largo de toda su obra posterior– es la fenomenología de Maurice Merleau-Ponty. De ella aprendió Landi a desconfiar de los “pensamientos de conjunto” y a abrazar un modo de pensar la intersubjetividad (el lenguaje, la política) a partir de una comprensión de la experiencia vital de un sujeto que se abre al mundo como a una aventura, por así decir, *necesariamente contingente*. Aquí el pensamiento de Landi tocaba –mejor: rebasaba– los límites mismos del pensamiento comunista, cuyo intelectual más “renovador” no ahorra escarnios a los “brebajes existencialistas” y las “flamantes fórmulas” –impurezas del pensamiento, “cotorreos pequeño-burgueses”– de las que “el señor Merleau-Ponty” aparecía como el máximo “profeta”.²

Y sin embargo, ¿no estamos aquí, en esta encrucijada teórica cuya complejidad y cuya importancia rechazaba Agosti con tanto desdén, ante uno de los grandes desafíos que *el propio Marx* había legado al pensamiento teórico sobre la política? ¿No había podido escribir Merleau-Ponty, como nos lo recuerda Sartre en el librito que le dedicó (Sartre, 1965) que la célebre frase de *El 18 Brumario* según la cual “los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio” expresaba, al modo marxista, lo esencial de *su* propio pensamiento? ¿Y qué era esto sino la necesidad de pensar *juntas* la acción de los sujetos que actúan en la historia y el conjunto de situaciones “dadas” (circunstancias “de hecho”, como solía decir Landi para aludir a las determinaciones “mudas y duras” de la sociedad: realidades heredadas, poderes fácticos, designios tecnológicos) que circunscriben esa acción? Pensar la política es pensar en el corazón de esta tensión entre la “lógica de la acción” y la “lógica de las situaciones”, como diría Claude Lefort (1988: 143-65), y pensar el modo en que “acción” y “situación”, por lo demás –como el gran pensamiento realista no ha dejado de señalar desde Maquiavelo–, *se determinan y modifican mutuamente*. Así lo entendía también Landi, quien en el mismo sentido aseguraría años más tarde que la problemática del realismo no debía encararse desde la perspectiva de la adecuación o inadecuación de una serie de discursos o programas a los datos presuntamente inmodificables de una realidad preexistente, sino que debía pensarse “desde el punto de vista de las operaciones discursivas que construyen ciertas nociones de realidad, de lo imposible y de lo posible” (Landi, 1997: 109).

Pero para que Landi terminara de tramar el dispositivo conceptual con el que encararía el estudio de este conjunto de problemas (los sujetos de la acción

2. Jorge Cernadas ha analizado los límites que una posibilidad de renovación del pensamiento comunista encontraba en este tipo de posiciones (desplegadas, por ejemplo –pero no únicamente–, en Agosti, 1956) en el texto citado más arriba.

política, el mundo intersubjetivo, los lenguajes) en los años de su madurez intelectual, le faltaba todavía cargar en sus alforjas los instrumentos que arrojaban sobre las discusiones argentinas las últimas primicias de la filosofía francesa, en la que se haría cada vez más evidente, con el paso de los años, el triunfo de las corrientes estructuralistas (y luego pos-estructuralistas) sobre la vieja fenomenología en la que su pensamiento filosófico y político había bebido sus fuentes. Y si no por ello dejaría de ser la de Merleau-Ponty una presencia muy persistente a lo largo de todo el itinerario intelectual de Landi, es evidente el modo en que este se complejiza y se enriquece en contacto con estas otras derivas de los debates europeos. Testimonio del entusiasmo con el que Landi se sumerge en esas discusiones es su participación en el libro colectivo *Ciencias sociales: ideología y conocimiento*, publicado en 1971 por Siglo XXI, que prologa y del que traduce tres trabajos: dos de Thomas Herbert y uno de Jacques-Alain Miller, sugestivamente titulado "Acción de la estructura". Es que de eso parece empezar a tratarse ahora para Landi: no ya (o no sólo) de la acción de los sujetos sobre el mundo, sino de la acción de las estructuras sobre los sujetos. Sujetos que empiezan a ser pensados, entonces, menos como el fundamento, el principio, el punto de partida de la vida social, que como el resultado (por lo demás siempre abierto, siempre incompleto) de la acción de un conjunto de fuerzas que operan sobre ellos, y que por lo tanto no pueden considerarse "dados", en su identidad, sus representaciones y sus intereses, de una vez y para siempre, porque se están construyendo y reconstituyendo todo el tiempo.

2.

Esto es sin duda cierto en cualquier caso, pero tal vez nunca se le haya vuelto a Landi tan evidente como cuando, a la vuelta de su exilio brasileño en 1981, empezó a considerar las condiciones para la construcción de una nueva institucionalidad en el país, que empezaba a vislumbrar la salida de la dictadura iniciada cinco años antes, y advirtió que esa nueva institucionalidad no podía tener como protagonistas a una vieja serie de actores *ya constituidos*, idénticos a lo que ellos mismos habían sido *antes* del inicio del ciclo militar y que apenas debían volver a "hacer su juego", por así decir, en el tablero de la representación política institucional, porque en el medio, durante los años de la dictadura, habían tenido lugar un par de transformaciones que habían cambiado a esos sujetos para siempre. La primera de ellas —explica Landi en un pequeño librito publicado por el CEDES— concierne a los tipos de discursos que la dictadura articuló e hizo funcionar en la forja de nuevas formas de subjetividad, de identidad y de sociabilidad. *Dos* tipos de discurso, observa Landi (1982): el del neoconservadurismo económico y el del ordenancismo militar, que, apoyándose mutuamente (ambos

buscaban ofrecer un horizonte de *orden* en medio del *desorden* político de mitad de los setenta), y asociados a las ostensibles *prácticas* destructivas implementadas por el Estado terrorista, favorecieron la disolución de los sistemas de reconocimiento anteriores y la constitución de un nuevo tipo de sujetos y de una nueva sociedad: una sociedad neo-individualista, con las identidades colectivas hechas trizas, que Landi invitaba a pensar como el punto de partida del proceso de "transición" que sus textos de esos años se proponían tematizar. Y que tendría como protagonista fundamental (a partir de poco tiempo después de que Landi escribiera estas líneas que glosamos) al político que mejor parece haber entendido estos cambios de la sociedad y de la sensibilidad política argentinas. Por eso es que Landi destacaría, unos años después, la sintonía del discurso de Alfonsín con el sentido común de una ciudadanía fuertemente transformada durante los años del Proceso, y no hay más que recordar, para verificar esa sintonía, las diferencias entre los modos de interpelación a sus audiencias de los candidatos a la presidencia en la campaña de 1983: mientras Ítalo Luder insistía en dirigirse a unos míticos "compañeros" en los que resultaba muy difícil reconocerse, el candidato radical solía optar por dirigirse a los "amigos de Rosario", a los "amigos de Mar del Plata", a los "amigos de Santa Rosa" o de Rawson o de Caballito. La identificación localista y la interpelación íntima y afable resultaban más creíbles que las grandes tipificaciones partidarias o ideológicas, y también más atrapantes. Es que, *de hecho*, los ciudadanos argentinos *éramos*, a la salida de la dictadura, mucho más vecinos de Rosario, de Rawson o de Caballito que miembros de algún colectivo cuya sola postulación resultaba incluso levemente temeraria. Un signo de la comprensión de los tiempos que demostró Alfonsín es su preocupación por recoger, en los modos en los que su discurso se dirigía a sus oyentes, esas subjetividades destartaladas, esos individuos sin grandes referencias comunes, y es en ese sentido que debe leerse ese gran hallazgo retórico del "un médico allá", con el que el caudillo radical, en quien Landi encontraba "una suerte de carisma manso" (Landi, 1992a: 57), buscaba demostrar su preocupación concreta por cada una de las ovejas de su rebaño.

Pero habíamos hablado de un segundo gran cambio producido durante los años de la dictadura militar, y que tendría efectos duraderos sobre la vida política argentina: se trata de la importante revolución operada en esos años en el campo de los medios masivos de comunicación. Querría subrayar esto para situar con la mayor precisión posible las razones y el alcance de la preocupación de Landi por los medios. Landi no era un *comunicólogo* ni tenía por los medios un interés "profesional" específico, sino que "llegaba" al tema de los medios a partir de la comprensión de que la política es un terreno de luchas simbólicas por la definición del sentido del orden social, y de que esas luchas empezaban a hacerse ininteligibles si no se entendía lo que pasaba con los medios, cuya evolución había conmovido "los mecanismos de formación del sentido común,

de la opinión pública y del consenso político” (Landi, 1982: 52). Los medios, que no modifican el hecho de que el conflicto por la hegemonía es un proceso de producción y universalización de significaciones, sí modifican las *formas* que asume este proceso: las coordenadas espaciales y temporales de las relaciones políticas, los mecanismos de interpelación política, los tipos, ritmos y géneros de los discursos que funcionan como políticos, etc. El desarrollo de los medios genera “significativos cambios en la organización material de la cultura” y se vuelve un “ingrediente singular en la formación de las redes de poder que caracterizan a los diferentes regímenes políticos” (Landi, 1982: 53). Es pues necesario estudiar, en el marco de una preocupación por las formas de construcción de hegemonía, los cambios que sufre la vida política en la era de los medios. A esa tarea dedicó Landi una parte importante de su trabajo intelectual durante las últimas dos décadas de su vida.

3.

Dos notas principales, observaba Landi, caracterizan el desarrollo de los *mass media* durante los años de la dictadura militar: por un lado —y esto es fundamental para entender el tipo de sociedad que salía de la dictadura en 1983—, una expansión muy importante de la cantidad de aparatos de televisión y del público televisivo (al mismo tiempo que un reemplazo muy masivo de los viejos televisores en blanco y negro por los nuevos receptores de TV-color) a partir, sobre todo, del mundial de fútbol de 1978; por el otro, un férreo control estatal de los medios, que las cúpulas militares usaban para dirigir sus interpelaciones verticales y descendentes a la población, de las que son ejemplos las piezas de propaganda usadas por el gobierno para destacar las presuntas virtudes de sus estrategias económicas y el conjunto de noticias, generalmente falsas, que acompañó en 1982 todo el desarrollo de la aventura militar en las Islas Malvinas, y cuyo fracaso marcó el comienzo del fin de la dictadura militar. Esta fuerte asociación entre los medios masivos de comunicación (especialmente la televisión) y los intereses del gobierno militar, esta ostensible complicidad de los medios con la sistemática falsificación de la realidad operada por la dictadura, provocó como consecuencia que el deterioro de la legitimidad de esta última se viera acompañado por un igualmente serio menoscabo de la credibilidad de los primeros. Así, a la salida de la dictadura la televisión ya había conquistado públicos masivos con los que compartía nuevas claves de desciframiento del mundo y se había instalado como una suerte de a priori cultural de una nueva civilización, pero su credibilidad estaba, al mismo tiempo, fuertemente cuestionada: había conquistado una presencia central en nuestras vidas, pero no había logrado que le creyéramos.

En contraste con este desprestigio y falta de credibilidad de los medios de comunicación, y de la televisión en particular, la palabra de los políticos, durante muchos años silenciada, reaparecía en ese contexto gozando de una renovada credibilidad y ocupando el centro de la escena. De una escena, entonces, ya fuertemente *mediatizada*, pero donde la televisión (ya lo dijimos: omnipresente pero inverosímil) ocupaba apenas el lugar de un “medio”, de un instrumento de transmisión, de un canal a través del cual las imágenes y sobre todo *la palabra* de los políticos llegaba al living de nuestras casas. *Primacía de la política frente a los medios*, entonces. Los medios, por así decir, “iban” a los escenarios donde transcurría el drama político —a la plaza pública, a la cancha de fútbol, al mitin callejero— para entregarnos a domicilio las imágenes y las palabras de la nueva liturgia ciudadana, pero no podían contribuir gran cosa a la definición de esos escenarios ni a la organización de esa liturgia. Pero además, y complementariamente, *primacía de las palabras frente a las imágenes*. Es que se trataba entonces de “poner sentido” tanto al presente y al futuro como también —y como parte de esa misma operación— *al pasado*, y esa faena (o esa *lucha*: esa “guerra de relatos” de la que Landi habló en más de un sitio) era una faena que debía realizarse en el terreno de la palabra, del discurso. En ese terreno debía zanjarse la discusión sobre el lugar del peronismo, del sindicalismo y de los militares en la historia argentina del siglo XX, en ese terreno debía dirimirse también la cuestión más cercana del sentido del pasado más reciente. El camino de la “transición” que se iniciaba en esos meses de la campaña de 1983 era un camino hecho de palabras.

Como de palabras estuvo hecho también lo que Landi llamó “el gran acontecimiento” de aquella campaña electoral: la denuncia de un supuesto “pacto militar-sindical”, que constituyó simbólicamente al peronismo como la amenaza de un retorno indeseado y temible, y al radicalismo, en cambio, como la garantía de la ruptura que la sociedad argentina parecía reclamar. ¿Había existido el tal pacto militar-sindical? No, sin duda. Pero eso era lo de menos. Porque la verosimilitud de la denuncia de ese pacto estaba menos asociada a su comprobabilidad empírica que al modo en que recogía esa vocación colectiva de ruptura con el pasado y a la eficacia con la que lograba enlazar a dos actores a los que no resultaba difícil identificar con algunas de las formas de ese pasado con el que se quería romper: la imagen de los militares traía la del golpe de estado; la de los sindicatos, la de la huelga general. En otras palabras: que lo que sostenía la verosimilitud del (inexistente, en un sentido estricto) “pacto militar-sindical” era la fuerza *de otro pacto, tácito pero fundamental* (en el sentido de que *fundaba* las condiciones de la vida política argentina de los años siguientes), entre la dirigencia política y la población (Landi y González Bombal, 1995). En esa dirección apuntaba el discurso del primero candidato y luego presidente Alfonsín; hacia allí se dirigía su mil veces repetido rezo laico del Preámbulo de la Constitución Nacional. Como diría un célebre príncipe danés: *palabras, palabras, palabras*. Cierto. Pero es que

eran ellas, las palabras, las que estaban en el centro de la lucha política que se abría en la Argentina, llenaban los estadios y las plazas e interpelaban a los sujetos del sistema democrático que se inauguraba. La televisión, mientras tanto, tuvo durante todo este tiempo un papel mucho menos protagónico, limitado a “trasladar” los discursos de los dirigentes de los lugares “clásicos” de la enunciación política al espacio privado de nuestras casas.

Sin embargo, observa Landi, ya sobre el final de la campaña, “cuando se estaba por quedar sin trofeos electorales propios”, la televisión tuvo su pequeño momento de gloria y *avisó* —como solía decir un conocido relator de fútbol— de cuánto era capaz. En efecto: en el acto de cierre de la campaña del Partido Justicialista, mientras una multitud festejaba alrededor del obelisco lo que parecía un seguro triunfo peronista “sin llegar a ver el palco y escuchando dificultosamente a los oradores [...], otras personas vieron en su pantalla de televisión [...] a un dirigente de este heterogéneo movimiento popular facilitando un encendedor para quemar un cajón que simbolizaba el ataúd del partido rival” (Landi, 1992: 58). La inconveniencia de esa imagen es obvia y no necesita ser subrayada, más allá de la discusión (en cierto sentido secundaria) sobre su real grado de influencia en los resultados del comicio: lo que aquí interesa es señalar la importancia de este momento como revelador de la capacidad de la televisión, no sólo para “transmitir” un cierto conjunto de imágenes y palabras formateadas según las reglas clásicas de la puesta en escena de los actos políticos, sino para *intervenir*, “como un letal microscopio” (Landi, 1988: 71), como un espía insidioso y soplón, y *cada vez más, como veremos, como un co-constructor de la propia escena*, en las formas en las que se despliega la acción, la palabra y la teatralidad de la política. Esta capacidad, por cierto, y la tendencia a desplegarla activamente, forman parte de la naturaleza de la televisión, que tiende a fagocitar todo lo que existe. Pero aquí hay que ser prudentes, y sobre todo evitar la fácil tentación de incurrir en cualquier forma (“apocalíptica” o “integrada”, tanto da) de reduccionismo tecnologicista. Porque “si bien la televisión todo lo devora, avanza hasta donde sus ‘víctimas’ se lo permitan” (Landi, 1992a: 72). En efecto: no es la mera presencia de la tecnología de la televisión en una sociedad (y ni siquiera la mera extensión de los hábitos de consumo televisivo entre sus habitantes), *sino las características propias de su evolución política*, lo que determina y explica la colonización de su vida política por los lenguajes, escenarios y ritmos de la televisión.

Por eso, en realidad, la lógica de la *devoración* no constituye sino una forma extrema (y veremos que, incluso así, nunca enteramente plena: *siempre queda algo que resiste, algo que “resta”, algo que sobra y que desafía la capacidad devoradora de los medios*) que puede asumir la relación entre política y televisión: la forma que consiste en la perfecta subsunción de la primera en la segunda. Pero como las cosas suelen ser más matizadas, como la relación entre polí-

tica y televisión suele situarse en algún punto menos extremo del *continuum* de posiciones que es posible establecer entre ellas, quizás convenga hablar, como lo hacía Landi, de “un proceso generalizado de integración” entre una y otra (Landi, 1992a: 73), de un proceso que presenta configuraciones y formas particulares de combinación que difieren (de país en país y entre distintos momentos de la historia de un mismo país) en función de las cambiantes relaciones de fuerzas entre una y otra. De eso exactamente se trata aquí. Estamos viendo cómo, pese al fuerte desarrollo que hacia los años ochenta tenían ya en la Argentina tanto las tecnologías como los hábitos de consumo televisivos, la balanza de la relación entre televisión y política se inclinaba hacia el platillo de ésta última, en la medida en que ésta definía un tipo de práctica y de discurso con mayor legitimidad social que los que proponía la televisión, por lo que la “integración” entre política y televisión se producía bajo una modalidad en que la primera tenía el timón de mando y la segunda un papel más bien accesorio. Pero esa relación de “integración tensa” no es estática ni viene definida de una vez y para siempre: en cierto sentido, sería posible afirmar que la historia de los primeros años del ciclo de la “transición democrática” argentina es entre otras cosas la historia de la lucha entre los dos extremos de ese par de “opuestos integrados” por la definición del tipo de discurso, de práctica y de códigos que hegemonizaría la escena pública argentina. Y lo que ahora podemos agregar es que si este ciclo se había abierto, a fines de la dictadura, exhibiendo un tipo de relación entre política y televisión decididamente presidida por el primero de esos dos términos, ya un lustro más tarde la relación entre ambos experimentaría una inversión fundamental.

4.

En la explicación de este fenómeno Landi daba una importancia decisiva al desenlace que tuvieron los acontecimientos de la fatídica Semana Santa de 1987 y al papel que en ese desenlace jugó el entonces presidente Alfonsín. Los hechos son conocidos: una sublevación de un grupo de militares conmocionó al país el día jueves de esa Semana Santa, provocando (bajo el fuerte aliento, por cierto, del propio gobierno *y de los medios*) una inmediata y fuerte movilización popular que ganó rápidamente las plazas de todo el país. El domingo a la tarde, después de tres días de gran tensión, el presidente Alfonsín anunció desde el balcón de la casa de gobierno que se disponía a ir personalmente a la guarnición militar sublevada, y pidió al pueblo reunido en la Plaza de Mayo que lo esperara allí. Al cabo de un rato de intenso dramatismo, y tras haber hablado con los militares amotinados, volvió a la Plaza, donde lo esperaba la multitud, y pronunció un breve discurso que intentó transmitir la sensación

de un triunfo de las fuerzas democráticas sobre los planteos de los militares sublevados. Estos —dijo el presidente— habían depuesto su actitud, y en esas circunstancias nada resultaba más adecuado que disolver la masiva reunión popular que se había convocado, abandonar la plaza y marchar “a nuestras casas, a besar a nuestros hijos”. Sin embargo, resultaba difícil, oyendo el discurso de Alfonsín y su solicitud de vaciar la plaza, no tener la impresión de que había habido algo más que una simple rendición de las armas en la reunión secreta de Campo de Mayo. Como Landi escribió en más de un lugar comentando estos episodios, el presidente generó con su discurso la impresión de que había pactado con los militares sublevados. Por eso, la desconcentración de la gente ese domingo “contuvo una mezcla de alegría y sospecha: el magnífico espacio público construido en esos días se desdoblaba: la gente a festejar las Pascuas, ciertas élites políticas y militares a seguir su tensa conversación” (Landi, 1988: 145-146) detrás de las bambalinas del poder.

Así, el pacto secreto parecía volver a la política argentina “por obra de su gran denunciante” (Landi, 2003: 118): el mismísimo presidente Alfonsín, quien no tanto tiempo atrás, denunciando el famoso “pacto militar-sindical”, había construido un lugar de enunciación legítima para su palabra sobre la base de la condena de un tipo de práctica hecha de intrigas, secretos y ocultamientos de la que ahora el mismo acusador podía verosímelmente ser acusado. En otras palabras: que la palabra política de Alfonsín, que durante varios años había sostenido su credibilidad sobre la base de la denuncia de un pacto oscuro y secreto que posiblemente nunca había existido, pero que en cualquier caso era, dijimos, “socialmente verosímil”, ve bruscamente deteriorada esa credibilidad cuando no es capaz de negar la existencia de *otro pacto*, igualmente secreto y oscuro, que se vuelve sospechosa de ocultar. Así, en cierto sentido, podría afirmarse que la suerte de la palabra política de Alfonsín describe una especie de parábola entre dos pactos, o entre las sospechas de dos pactos: “Uno estuvo en la base de su ascenso, el otro en el origen de su declive” (Landi y González Bombal, 1995: 169). Porque, en efecto, es nada menos que el declive de Alfonsín lo que comienza con la pérdida de credibilidad de su palabra, en la medida en que una parte importante de su legitimidad estaba asociada a ella. Alfonsín, en efecto, había hecho un culto de la palabra, del discurso, pero a partir de su fallido discurso de Pascuas vio a esas mismas palabras desbordadas por los acontecimientos, y su legitimidad nunca pudo reponerse de ese golpe.

Pero no sólo ella: en la medida en que la palabra política de Alfonsín actuaba en esos años como la organizadora de todo un campo de discusiones y argumentaciones que, a favor o en contra, giraban alrededor de ese centro de gravedad y definían en relación con él sus posiciones, el deterioro de la credibilidad de la palabra política de Alfonsín hizo mucho más que causar el comienzo del fin de la legitimidad del propio Alfonsín: “cuestionó el valor de la palabra

política en general”, de la palabra política *como tal*, y, como consecuencia, “erodionó la credibilidad de ciertas formas de hacer política” (Landi, 1992a: 81) y afectó decisivamente las formas de espectacularización, las formas de “puesta en escena” del drama político nacional. Por eso decíamos nosotros que el desenlace de los acontecimientos de la Semana Santa de 1987 constituye una de las causas fundamentales de la inversión del tipo de relación entre discurso político y televisión que había caracterizado el primer tramo del ciclo de la “transición a la democracia”. Si consideramos globalmente el movimiento que se produce en esa relación durante los cuatro días que dura este capítulo fundamental de la historia de la transición, lo mínimo que podemos advertir es lo siguiente: que si el jueves de la Semana Santa los propios medios de comunicación (particularmente la televisión) *nos invitaban a dejar nuestro lugar de espectadores y a marchar al espacio público de la ciudad a intervenir en el drama como ciudadanos activos*, tres días más tarde, desde los balcones de la mismísima casa de Gobierno, el Presidente de la Nación *nos invitaba a dejar la plaza y nuestro lugar de ciudadanos activos y a marchar al espacio privado del hogar a besar a nuestros hijos y, evidentemente, en la medida en que el desenlace de los acontecimientos nos interesara... a seguirlos por televisión*. Vale decir: Que si el jueves la misma televisión nos mandaba a “hacer política” en la Plaza, el domingo, en la Plaza, la política nos mandó de vuelta a casa, a ver televisión.

Esta inversión es fundamental, y está llamada a tener una influencia decisiva sobre el curso posterior de la vida política argentina, porque lo que reflejaba era una alteración definitiva de la relación misma entre política y televisión que se había construido desde los meses de la campaña presidencial de 1983: Si desde entonces y hasta 1987, como ya vimos, el descrédito de la televisión (asociado a su complicidad con la dictadura y con la guerra) y la renovada credibilidad de la palabra política construyeron un tipo de relación entre una y otra tal que *la política definía sus escenarios y las modalidades de su espectacularización, y la televisión acompañaba esos procedimientos llevándonos a domicilio las imágenes y las palabras así producidas*, el nuevo trastrocamiento de las cosas transformaba ese tipo de relación en otra, opuesta, en la que *la televisión iría cada vez más definiendo los propios escenarios (y con ellos los géneros, los ritmos, los tiempos) en los que la política podía hacer oír su palabra*. Como escribe Landi, fue entonces cuando “los políticos comenzaron a ir al escenario televisivo más que la televisión a los espacios políticos institucionales” (Landi, 1992a: 81). La política, deslegitimada, deja de ser convocante para los ciudadanos y atractiva para la televisión; la televisión, por su parte, re-legitimada (entre otras cosas, repitamos, *porque la propia política nos había mandado, el domingo de Pascuas, de vuelta a sus brazos*), empieza ahora a poner las reglas de juego, y los políticos iniciarán una procesión —que durará años— por los sets televisivos, aprenderán a repetir libretos escritos para ellos, a contar chistes, comer fideos con Tato Bores

o ir a la cama con Moria Casán, a hablar con frases cortas y a entender el gesto ansioso con el que los operadores, detrás de las cámaras, les exigen que vayan redondeando. La televisión comienza entonces a devorar a la política, pero que esto sea así es algo de lo que sólo podemos responsabilizar a los desmayos de la propia política.³

5.

Una de las discusiones teórico-políticas más relevantes durante los años de la “transición” argentina fue la discusión sobre la importancia y el peso relativo de los componentes “liberal” (esto es, representativo) y “democrático” (es decir, participativo) de la unidad demo-liberal que pugnaba por consolidarse entre nosotros. Así, por ejemplo, contra la extendida tendencia a llamar “democracia” a un sistema de reglas de juego que aseguran a los ciudadanos un conjunto de derechos siempre que esos ciudadanos acepten no deliberar ni gobernarse sino por medio de sus representantes, José Nun solía señalar en esos años que era conveniente pensar lo que entonces se percibía como el puerto de arribo del proceso de la transición más bien como una suerte de *mix* de instituciones y de prácticas provenientes de una y otra de esas tradiciones, y considerar *de qué forma* se articulaban los dos componentes de ese conflictivo *mix* (Nun, 1991). Pues bien, si se llevara adelante ese ejercicio en una perspectiva dinámica, tratando de considerar el peso de los componentes democrático-participativos y liberal-representativos de la vida política argentina a lo largo de todo el ciclo de la “transición”, podría verificarse una parábola que (al revés que la vía “incrementalista” por la que se consolidaron los liberalismos democráticos de los países capitalistas avanzados, que fueron *primero* liberales y *después* democráticos) nos conduce desde un coqueteo intenso, *al inicio de la “transición”*, con las tradiciones democráticas argentinas (convocatorias a la plaza, invitaciones a “abrir las puertas de las casas”, aliento a la participación popular en los asuntos públicos) hasta la consolidación, *al final de ese mismo ciclo*, de una democracia fuertemente *liberal*, desestimulante de la participación popular y asociada en cambio al ejercicio del

3. Un proceso de devoración-inversión análogo se verifica entre la televisión y los discursos, prácticas y rutinas judiciales, y no sería difícil describir sus grandes rasgos siguiendo la evolución que nos lleva del histórico Juicio a las juntas militares, pasando por el juicio por el crimen de María Soledad, hasta los grotescos pseudo-juicios conducidos por el ex fiscal federal y luego animador televisivo Luis Moreno Ocampo. Landi se ocupó de la relación en justicia y televisión en varios trabajos breves: su artículo “La justicia clip”, en *Página 12* (Landi, 1991, luego recogido en Landi, 1992a), y tres de sus artículos de la serie “La vista gorda”, que publicó regularmente en *Clarín* entre mediados de 1993 y fines de 1994 (Landi, 1993a, 1993b y 1993c). Un buen “estado de la cuestión” sobre la relación entre justicia y medios puede encontrarse en Rodríguez, 2000.

poder por parte de los representantes de un pueblo que, en el ínterin, había sido desplazado del centro de la escena. Cuando en 1993, diez años después del fin de la dictadura, los dos máximos líderes políticos de esa década sellaron a solas y en secreto el pacto que habría de definir el destino de la política argentina de los años siguientes, uno de ellos dijo que ese pacto cerraba el ciclo de la "transición". *Y tenía razón*: el "pacto de Olivos" constituye la culminación de ese ciclo de la transición democrática argentina en el doble sentido de que constituye el hecho que *pone fin* a ese ciclo y de que constituye también *la culminación lógica* del tipo de evolución política que lo había caracterizado.

Que era entonces, resumiendo, la evolución, el desplazamiento, de la participación a la representación. Del estímulo al involucramiento de la ciudadanía en la vida pública al impulso a la diferenciación, a la *separación* entre los representados y los representantes. De una visión de la democracia como gobierno *del* pueblo y *por* el pueblo hacia una visión de la democracia como gobierno *para* el pueblo, sí, pero llevado adelante por los miembros de un grupo ocupado de gobernar lo más lejos posible del control popular, y, en el límite, negociando a solas y en secreto su futuro. No puede llamarnos la atención que por entonces haya comenzado a ganar espacio en el lenguaje político, periodístico y cotidiano la idea (que se volvería una cantinela reiterada durante toda la década siguiente) de los políticos como miembros de una "clase" o de una casta, de un grupo privilegiado, *separado* de la sociedad y cada vez más extraño a ella. Pero lo que aquí querría apuntar es otra cosa: lo que aquí querría apuntar es que los escritos de Landi sobre la relación entre política y televisión en la Argentina de esos años (y en particular los varios textos que dedicó al análisis de los sucesos de Semana Santa) constituyen un valioso material para considerar este problema de los pesos relativos (y de la *transformación* de los pesos relativos) de los componentes liberal y democrático en el tipo de sistema político que se iba construyendo en el país, problema al que estos textos ofrecen una interesante y valiosa vía de entrada al llamar la atención sobre la pareja transformación de los pesos relativos de la palabra política y de los dispositivos mediáticos en la construcción de los espacios públicos. Quiero decir: no que haya que suscribir ningún causalismo unilateral, pero sí que conviene al menos poner en comunicación el proceso de reemplazo de la palabra política por los mecanismos televisivos como organizadores de la escena política con el correlativo devenir cada vez menos democrático del sistema político nacional. El desplazamiento de los ciudadanos —como se ha dicho tantas veces— "de la plaza a la pantalla", su transformación —para ponerlo en términos más brutales— de ciudadano activo en espectador pasivo expresa, metafórica y también alienta el desplazamiento de los componentes participativos por los componentes representativos en el seno de la unidad política liberal-democrática en la que se desarrolla nuestra vida colectiva.

¿Hay que decir, por lo demás, que el desplazamiento, no ahora de los ciudadanos —que se convierten, digamos, de “actores” en “espectadores”—, sino *de los propios “políticos”*, que se convierten de actores de plaza y de balcón, de grandes parrafadas dirigidas a los ciudadanos movilizados en el espacio público de la ciudad, en actores de sets, de “bloques” y de “frases cortas”, tampoco carece de numerosas consecuencias, igualmente inquietantes? En efecto, por mucho que haya querido presentársela como una exigencia meramente “técnica”, la cada vez más imperativa necesidad de “los políticos” de adecuar la propia expresión a los *tempos*, los ritmos, la estética y hasta los géneros de la televisión (¿no fue acaso una de las recomendaciones que el politólogo mexicano Jorge Castañeda vino a dar a los políticos argentinos de la “nueva generación”, en su visita al país en los años noventa, la de que tenían que aprender a hablar con “frases cortas”?) no dejó de tener consecuencias muy decisivas y evidentes *en el contenido mismo de lo que en esos formatos podía decirse*. Que no era —que no es— cualquier cosa, desde luego, y sobre todo que son cosas muy distintas de las que pueden decirse en (desde) el balcón, el acto callejero, el estadio de fútbol o la tribuna parlamentaria. La pretensión de que lo que puede decirse con frases “largas” debería poder decirse también con frases “cortas” (“para que lo entienda la gente, diputado”) es una pretensión perfectamente ideológica, que ignora o finge ignorar que las “frases cortas” funcionan cuando y porque se sostienen sobre los prejuicios y las tácitas anuencias del sentido común dominante, y que suele y debe llevar más tiempo que eso el ejercicio de *desmontar* esos mudos consentimientos y proponer maneras diferentes de pensar las cosas. Estoy tentado a escribir que las frases cortas son de derecha. En todo caso, sí me atrevo a escribir que, igual que subrayábamos recién la correspondencia entre el movimiento de colonización de la política por la televisión y la transformación de las relaciones entre los componentes liberales y democráticos de la vida política en el país, podemos destacar ahora la correspondencia entre ese movimiento de colonización, de “devoración”, de la política por la televisión y la derechización de los debates públicos argentinos.

6.

Además del desenlace de los acontecimientos de la Semana Santa de 1987, una segunda razón explicaba para Landi la inversión de los pesos relativos de la política y la televisión entre el inicio del ciclo de la “transición” y los años que siguieron. Me refiero (y la cuestión fue tratada por Landi en más de un sitio) a la ostensible debilidad de los actores políticos tradicionales para enfrentar las situaciones de *inflación* —y sobre todo de *hiperinflación*— como la que se vivió en la Argentina a fines de los ochenta, y en particular en los meses finales de esa década. ¿Por qué los fenómenos hiperinflacionarios acentúan la vulnerabilidad

de los actores políticos frente a los medios? Por dos razones. Primero, porque “la hiperinflación pone en cuestión los mismos lazos sociales y acerca a la sociedad a un estado generalizado de desorganización que hace imposible la intervención de la política en un sentido convencional” (Landi, 1992a: 113): si ya la creciente heterogeneidad y fragmentación social ocasionada por las características de las transformaciones de la economía de nuestro país desde mediados de los años setenta resultaban, como señalaba Landi, poco manajables para las estructuras partidarias clásicas, cuando a eso hay que sumarle el conjunto de fenómenos que acompañan a las crisis hiperinflacionarias (dolarización y fuga de divisas, estallidos sociales, saqueos masivos a supermercados, debilitamiento de las reglas formales para resolver los conflictos, cortoplacismo generalizado en los comportamientos, lucha de pobres contra pobres) el resultado es una completa impotencia de los mecanismos de la representación política formal para dar cuenta de la situación. En segundo lugar, en situaciones como estas juega decisivamente a favor de los medios (y de los audiovisuales en primer lugar), y en contra de los mecanismos de la política institucional, la mucho mayor *velocidad* con la que ellos pueden dar cuenta de las situaciones que angustian a los ciudadanos. La mucho mejor “agarrada” que ellos tienen (en el sentido en que se dice que un automóvil tiene una buena “agarrada” al piso) a la velocidad de la crisis, al desorden de los acontecimientos, a la demanda de información rápida de las personas. Los medios tienden por lo tanto a llenar la brecha entre los ciudadanos y los partidos, y a conquistar el lugar fundamental que ocuparían todo a lo largo de la década siguiente en la definición misma de las características de la escena pública (cf. Landi, 1992: 113 y ss.).

7.

Es en este contexto que aparece en el centro de la escena un personaje que desde hacía ya algún tiempo venía ensayando, desde la periferia, algunos acercamientos que guardaban una profunda sintonía con las dos tendencias que acabamos de considerar —la crisis de la palabra política y el desborde de las mediaciones políticas tradicionales—, a partir del ejercicio de “una forma de comunicación política diferente a la organizada alrededor del acto público y el discurso político, que había prevalecido hasta ese momento” (Landi, 1992a: 81). Es que Carlos Menem venía, desde hacía varios años, “recorriendo una gran cantidad de pueblos y ciudades del país mostrando una gran capacidad para establecer un contacto directo con la gente”, y su vínculo con el electorado “era el de una cercanía que contrastaba con la distancia que se percibía en la acción de gran parte de la clase política y el hermetismo de las justificaciones técnicas sobre la insatisfactoria marcha de la economía” (Landi, 1992a: 81-82). A eso

se añadía que, hombre de la noche, amigo de artistas y de deportistas famosos, objeto él mismo de frecuentes imitaciones humorísticas en la televisión –que posiblemente, como observaba agudamente Landi, hayan servido para reforzar en alguna parte de la audiencia “no sólo la simpatía hacia el personaje, sino también la sensación de cercanía basada en que otras personas podían ponerse en su lugar” (Landi, 1992a: 124, n)–, Menem soliera aparecer en la pantalla “de manera habitual, como uno de los integrantes de ese medio y no como un político que compraba espacios para emitir publicidad partidaria” (Landi, 1992a: 82). Así, el estilo personal de Menem y su fuerte sintonía con algunos géneros de la televisión (el melodrama, el humor gestual, la imitación, la parodia, la música popular, los relatos sobre héroes deportivos, etc.) se suman a un clima de sospecha y desilusión generalizadas frente a las instituciones políticas más tradicionales y al género del discurso político en el que de manera dominante venía siendo conjugada la política desde el inicio del ciclo de la “transición”, clima que creaba ahora las condiciones para el surgimiento de un nuevo tipo de “pacto” entre la ciudadanía y los políticos sostenido más sobre los guiños de complicidad y los gestos que despertaban identificación y confianza que sobre la racionalidad de un discurso del que, a fuerza de engaños y de desengaños, se había aprendido a desconfiar.

¿Habrá que decir, entonces, que la imagen había finalmente desplazado a la palabra y que el espectáculo televisivo había reemplazado a la política? *De ninguna manera*. Una cuestión sobre la que Landi insistía con fuerza era que nunca las imágenes (televisivas ni de ningún tipo) pueden desplazar a las palabras y crear sentido por sí solas: que siempre son las palabras las que definen, amarran y determinan el sentido de las imágenes. Sólo que *no existe un único género* en el que esas palabras pueden articularse, ni tampoco un único enunciador posible de esas palabras. De hecho, si durante los primeros años de la “transición” Alfonsín había aspirado “a ser una suerte de ‘presidente filósofo’ con un discurso que compaginaba los más diversos temas y se colocaba en un lugar central de enunciación y de producción del sentido de la acción política” (Landi, 1992a: 84-85), durante los años de la hegemonía político-cultural del menemismo a lo que asistimos es a una “división de funciones” alrededor de lo que Landi llamó “un juego de voces”, que se organizaba en torno a tres vértices: por un lado, el Presidente –un presidente, entonces, “con buen contacto con la gente, amigo de artistas y deportistas, que es imitado en los medios por humoristas y él mismo imita diversas identidades sociales” (Landi, 1992a: 85)–; por otro lado, “los técnicos del ajuste y la reconversión económica”, que construyen –posiblemente más que el propio presidente– la agenda de temas del país; por último, ciertos periodistas y comunicadores “en tanto nuevos intelectuales orgánicos de la política” (Landi, 1992b: 44). Esta configuración combinada, compuesta y compleja constituye lo que Landi llamaba el “verosímil cultural”

de la política menemista, que, muy distinta del verosímil cultural de la década precedente, nos enseña algo fundamental, que Landi resumía diciendo que “las culturas políticas están compuestas por *paquetes de géneros discursivos y estéticos*” (Landi, 1992b: 44), que pueden ser muy cambiantes y no tener necesariamente su centro en el discurso político clásico, es decir, en el discurso que se considera “político” porque es enunciado por un político. Es que, “en realidad, las culturas políticas siempre fueron combinaciones de géneros y lenguajes, y lo que la sociedad considera como político en un momento dado es producto de la lucha política misma” (Landi, 1992b: 45).

Así, Landi nos invita a no considerar las culturas políticas *solamente* “bajo el ángulo de las diferentes ideologías o concepciones que las tiñen”, sino también desde el punto de vista del “conjunto de géneros que engloban” (Landi, 1992b: 44). Desde *ese* punto de vista, desde el punto de vista de la complejidad del “paquete de géneros” que movilizó e hizo funcionar, la cultura política del menemismo fue extraordinariamente rica y original. Lo que *no* puede en ningún caso afirmarse es que haya sido una cultura política puramente icónica o visual, porque en ella había discursos, había palabras (había, de hecho, *muchos* discursos y muchas palabras), que *daban sentido a la política que se llevaba adelante*, aunque esos discursos y esas palabras no fueran generalmente enunciados por el presidente de la nación, sino por sus comunicadores oficiales, por los periodistas económicos especializados o por los voceros de los organismos financieros internacionales. De modo que no es que durante los años del menemismo no haya habido palabra política en la Argentina, sino que esa palabra política no era enunciada desde la cima del Estado ni articulada en la forma del discurso político tradicional, sino a través de un “juego de voces” múltiple y plural. Menem, cuyo carisma y cuya popularidad estaban asociados, no a su participación en los códigos de una palabra política que había sufrido en la Argentina, desde Semana Santa de 1987, un fuerte desprestigio, sino a una *imagen* que, como dijimos, despertaba confianza y credibilidad, *delegó* en otros, *confió* a otros (especialmente, ya lo dijimos, a los economistas: el discurso económico asume una función *política* de primer orden en la Argentina de los noventas) la articulación de la palabra capaz de dar sentido a las transformaciones que propiciaba y que consumó.

8.

Pero ni la política había desaparecido, en la Argentina menemista, detrás de los dispositivos técnicos de la televisión (así lo demostró el “Pacto de Olivos”, al que hacíamos una breve referencia más arriba, y que motivó un notable artículo de Landi sobre los *límites* de la capacidad “devoradora” de la televisión,

sobre la imposibilidad de la televisión de evitar que las conversaciones políticas siguieran, y siguieran produciendo efectos, más allá de sus decorados),⁴ ni la *palabra* política tenía por qué desaparecer detrás de la criptolengua alucinada de los ideólogos del “ajuste estructural”. Esta última cuestión es fundamental, y me parece que resume buena parte de lo que Landi escribió una y otra vez, y de mil modos, durante los últimos años de su vida. Años en los que lo obsesionaba (como lo revela una lectura de conjunto de sus reflexiones, que por entonces volcaba sobre todo en sus decisivos artículos de opinión en el diario Clarín) una doble evidencia: la de la devaluación, corrupción o pura y simple deserción de la palabra en la vida política argentina y la de la necesidad urgente de recrearla. De revertir el ciclo que había transformado la palabra política en una “señalética” dirigida a acreedores, organismos internacionales y calificadoras de riesgo país (Landi, 2000a), de escuchar e incorporar, en vez de esas, las nuevas voces de disconformidad y de protesta que aparecían en la escena social y política argentina (Landi, 2000b), de evitar que esas nuevas voces se vieran limitadas en sus posibilidades renovadoras por las formas más convencionales de la política institucional (Landi, 2002). Los últimos trabajos de Landi, que hay que leer como parte de lo mejor, lo más lúcido y lo más democrático que se escribió en medio de la gran crisis argentina,⁵ acompañan con interés y angustia el ciclo de ascenso y caída de la Alianza, el derrumbe decembrino y la restauración duhaldista.

* * *

Sólo un par de meses después de la muerte de Oscar Landi, más o menos para los mismos días en que veía la luz el número de la revista *Sociedad* que contenía, a modo de homenaje, su último trabajo, Néstor Kirchner asumía la presidencia en la Argentina. Durante todo el día yo estuve pegado a la televisión

4. El artículo de Landi (1993d) revisa el proceso por el cual, como dice, “los medios ofrecieron a los políticos otras maneras de mantener el contacto con la gente” cuando comenzó a decaer su convocatoria y credibilidad, pero critica la “ilusión óptica por la cual parecía que no había política por fuera de lo que pasaba en las pantallas”. El pacto secreto entre Menem y Alfonsín, que “no fue producto de la ‘magia de la televisión’ sino que fue para ella, simple y bochornosamente, “una noticia a transmitir”, reveló que, más allá de los sets y de las operaciones de los medios, *existe una especificidad propia del mundo de la política que se trata de pensar*. Que la política no es nunca, *no puede ser nunca*, ni siquiera en sus momentos de mayor desprestigio, *plenamente* asimilada, plenamente “devorada” por la televisión.

5. Hemos intentado una lectura de conjunto de estos trabajos últimos de Landi en Rinesi y Vommaro (2007). Aprovecho para destacar y agradecer la colaboración de Gabriel Vommaro –cuyas propias investigaciones se cuentan sin duda entre las contribuciones más relevantes al conocimiento del campo de la comunicación política en la Argentina– en el presente artículo.

viendo la ceremonia, o la serie de ceremonias, en las que consiste la toma de posesión del cargo. Pero fue sólo un tiempo después, participando en una mesa redonda sobre estas cuestiones con una colega patagónica, la profesora Viviana Gualdoni, en Comodoro Rivadavia, que me percaté (que Viviana me hizo percatar) de la importancia de una cierta escena que había tenido lugar, y había sido filmada y aparecido en la televisión, durante la mañana de ese día: A cierta altura del trayecto entre el edificio del Congreso y la casa de Gobierno que realizaba en auto el novel presidente, un periodista televisivo, cámara y micrófono en mano, y con una importante y voluminosa cantidad de metros de cable a la rastra, se puso a correr al lado del vehículo tratando de captar, a través de la ventanilla abierta, la imagen y la voz del primer mandatario. No es gran cosa, pero tiene —me parece— el aspecto y el valor de un símbolo: después de demasiado años de políticos corriendo, de modos más bien grotescos, detrás de los periodistas, haciendo cola para almorzar con Mirtha Legrand, aprendiendo a hablar con frases cortas para que todo lo que tenían que decir entrara en un bloque del programa de Mariano Grondona y suplicando por la cámara y el micrófono del último de los utileros, hete aquí que un utilero corría como loco detrás de un político que ni antes ni después de eso se dedicaría a frecuentar esos programas ni ningún otro, que —feo como él solo— no “da bien” en televisión, que no tiene una retórica televisiva ni parece haberse empeñado nunca en adquirirla. Hace cinco años que me pregunto qué habría dicho Oscar sobre esta escena.

Referencias bibliográficas

- AA.VV. (1971): *Ciencias sociales: ideología y conocimiento*, prólogo de Oscar Landi, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Agosti, Héctor P. (1956): “Los problemas de la cultura argentina y la posición ideológica de los marxistas”, en *Para una política de la cultura*, Buenos Aires, Procyon.
- Aricó, José (1988): *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*, Buenos Aires, Puntosur.
- Cernadas, Jorge (2005): “La ‘vieja izquierda’ en la encrucijada: Cuadernos de Cultura y la política cultural del partido comunista argentino (1955-1963)”, ponencia presentada en la X Jornada Interescuelas/Departamentos de Historia, UNR, Rosario.
- Landi, Oscar (1965a): “Una experiencia ‘cristiano-marxista’ en filosofía”, *Cuadernos de Cultura*, n° 75, Buenos Aires, julio-agosto.
- (1965b): “Antología filosófica argentina del siglo XX, por Juan Adolfo Vázquez”, *Cuadernos de Cultura*, n° 76, Buenos Aires, septiembre-octubre.
- (1978): *La tercera presidencia de Perón: gobierno de emergencia y crisis política*, Buenos Aires, CEDES-CLACSO.
- (1982): *Crisis y lenguajes políticos*, Buenos Aires, CEDES.
- (1988): *Reconstrucciones. Las nuevas formas de la cultura política*, Buenos Aires, Puntosur.

- (1991): “La Justicia clip”, *Página 12*, “Opinión”, 12 de julio.
- (1992a): *Devórame otra vez. Qué hizo la televisión con la gente, qué hace la gente con la televisión*, Planeta, Buenos Aires.
- (1992b): “Proposiciones sobre la videopolítica”, en Héctor Schmucler y María Cristina Mata (comps.), *Política y comunicación. ¿Hay un lugar para la política en la cultura mediática?*, UNC-Catálogos, Buenos Aires.
- (1993a): “Los medios y la justicia”, *Clarín*, “Segunda Sección”, col. “La vista gorda”, 4 de julio, p. 10.
- (1993b): “Inocentes, por ahora”, *Clarín*, “Segunda Sección”, col. “La vista gorda”, 11 de julio, p. 13.
- (1993c): “La escena del crimen”, *Clarín*, “Segunda Sección”, col. “La vista gorda”, 19 de agosto, p. 17.
- (1993d): “Escenas de política explícita”, *Clarín*, “Segunda Sección”, col. “La vista gorda”, 21 de noviembre, p. 25.
- (1997): “El discurso sobre lo posible (La democracia y el realismo político)”, en Norbert Lechner (ed.), *¿Qué es el realismo en política?*, Buenos Aires, Catálogos.
- (2000a): “La política, en ese azul de frío”, *Clarín*, “Zona”, 9 de abril, p. 2.
- (2000b): “El oficio mudo”, *Clarín*, “Zona”, 31 de diciembre, p. 2.
- (2001): “El vértigo de la historia” (entrevista de Horacio González y otros), *El Ojo Mocho*, n° 16, Buenos Aires.
- (2002): “La política en su corralito”, *Clarín*, “Zona”, 6 de enero, p. 2.
- (2003): “El secreto y la política”, *Sociedad*, n° 20-21, Buenos Aires.
- Landi, Oscar y González Bombal, Inés (1995): “Los derechos en la cultura política”, en AA.VV., *Juicio, castigos y memorias. Derechos humanos y justicia en la política argentina*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Landi, Oscar y Rodríguez, Sergio (1967): “Los estudiantes comunistas y las perspectivas de la Universidad”, *Cuadernos de Cultura*, n° 1 (nueva época), Buenos Aires, septiembre-octubre.
- Lefort, Claude (1988): *Las formas de la historia. Ensayos de antropología política*, México, FCE.
- Nun, José (1991): “La democracia y la modernización, treinta años después”, XV Congreso Mundial de la Asociación Internacional de Ciencia Política, Buenos Aires, 21 al 26 de julio.
- Rinesi, Eduardo y Vommaro, Gabriel (2007): “Notas sobre la democracia, la representación y algunos problemas conexos”, en Eduardo Rinesi, Gabriel Nardacchione y Gabriel Vommaro (eds.), *Los lentes de Víctor Hugo*, Buenos Aires, Prometeo.
- Rodríguez, Esteban (2000): *Justicia mediática. La administración de justicia en los medios masivos de comunicación. Las formas del espectáculo*, Buenos Aires, Ad-Hoc.
- Sartre, Jean-Paul (1965): *Historia de una amistad. Merleau-Ponty vivo*, Córdoba, Nagelkop.